

Adolescencia e identidad

RAYMOND CAHN

Acerca del objeto y del sujeto del creer

Raymond Cahn

“Bebé tiene dos meses. Engordó como una calabaza. Fue bautizada. Fue llamada Juana. Hoy es lindo día, y su madre la lleva al patio de la granja, la recuesta sobre un montículo de paja, al sol... Interroga, con todo su cuerpo, a las potencias resplandecientes, los aparatos mundiales: los interroga y les pide; porque acucillada sobre su montículo de paja, ella es hoy la reina de la creación... Alcanza con que levante el dedo para que el agua del Meuse corra bajo el puente infinitesimal, para que los cerezos florezcan en el jardín, para que la campana resuene en la iglesia. Los fenómenos naturales están a sus órdenes, y el azar le sirve de paje. Porque ella no duda de su poder, y la fe es la única realidad.”

Joseph Delteil, Jeanne d'Arc

I

Algo preliminar primero: qué entendemos por “creer” sino “tener por verdadero”, sea esta doble dimensión lo que constituye el compromiso subjetivo, más o menos limitado o total, en relación al valor de un hecho, de una cosa, de una palabra, en la medida en que merecen ser tenidos por verdaderos o exactos. Actitud que implica a la vez una dimensión receptiva –a partir de ese algo o de ese alguien cuya presencia, argumentos o fuerza de convicción permiten confiarse– y una dimensión activa –de

tomarlo o retomarlo en cuenta, en un acto de adhesión, con todo lo que éste implica.

Proceso preñado ya de todas las ambigüedades y de todas las contradicciones. Primero porque implica a la vez una dimensión afectiva y una dimensión cognitiva, de investidura y de juicio, mezclando en diversos grados el registro de la evidencia de lo percibido, lo vivenciado o lo comprendido, y el de la apuesta, lógica y/o afectivamente acorde a estas premisas, y en consecuencia del orden de lo presumido, de lo extrapolado. Creer así puede por lo tanto implicar certeza e incertidumbre en una relación en movimiento y compleja, a reinventarse sin cesar, como en una relación de exclusión recíproca. En todos los casos deja abierta la cuestión de qué, en el hecho de creer una cosa verdadera, verosímil o posible, pertenece a las exigencias de la verdad y qué resulta de la fuerza del deseo. El principio de placer/displacer y el principio de realidad se ven en consecuencia involucrados de manera ejemplar, a través de *la interpretación* que hace la psique de su encuentro con el cuerpo y el mundo, un mundo que incluye la psique del otro, la palabra del otro.

En consecuencia la creencia implicará siempre un sistema causal, efecto conjunto, en el nivel del proceso secundario, de ese sistema causal desconocido regido por el principio de placer / displacer que es el de los procesos primarios con el sistema causal, basado sobre la cuestión de lo verdadero y lo falso, de la concordancia o de la no-concordancia con la realidad, el mundo externo.

Certeza e incertidumbre constituirán las referencias comunes a esos pasos heterogéneos que son el saber y la fe, aún si el saber implica la fe en él, aún si la fe no desconoce ni reniega del saber.

La dimensión fundamental del ideal —en lo que concierne a la creencia— de la fuerza de convicción que este ideal vehiculiza en lo que lleva a creer y a actuar, no está por lo tanto ausente del terreno del sabe: ¿acaso no es de sus ideales que él toma sus exigencias de racionalidad y cientificidad?

Lo inmediatamente evidente, lo verdadero, lo verosímil, lo inverosímil, tantos otros soportes posibles de la creencia. La exigencia del deseo es determinante, respecto a la cual la de verdad queda más o menos subordinada, y esto sin ninguna excepción, salvo cuando el deseo primero es el de verdad. Aquí se abre una nueva aporía: a la ilusión que vehiculiza toda creen-

cia, desde que “en su determinismo, es la realización del deseo lo que domina” (Freud, S., 1927), ¿no podemos oponer otra, mucho más fundamental, sosteniendo nuestra creencia en la realidad psíquica y todas nuestras operaciones de pensamiento y de conocimiento?

II

¿Y qué del adolescente, en todo esto? Son bien conocidas las consecuencias del nuevo don que entraña la genitalización del Edipo, del *après-coup* del cual la adolescencia es el paradigma, volviendo a poner más o menos radicalmente en cuestión la representación de las relaciones consigo mismo y con el otro, con la realidad interna y con el mundo. En consecuencia es la relación del sujeto con sus creencias que se ve aquí reinterrogada, independientemente de su carácter racional o irracional. ¿Cómo intentar rendir cuenta de ésto si no es a partir de la vacilación que implica tal cambio? Vacilación de las referencias familiares, de las evidencias tranquilas de la latencia –cualesquiera fuesen la naturaleza y la intensidad de los conflictos que subyacen a ella. Alguna cosa cambia en lo vivenciado, lo percibido, lo pensado, acompañando las modificaciones del cuerpo, de la cual hay que rendir cuentas, alguna cosa también en la mirada del otro, de aquél al que hay que rendir cuentas. El descubrimiento del pensamiento abstracto contribuye a dar toda su amplitud a estas interrogaciones, tanto para intentar neutralizarlas como para abrir la exploración de espacios nuevos.

Teorías, creencias o convicciones antiguas se ven así puestas a prueba y a través del trabajo del proceso secundario, más o menos forzadas a revisión o confirmación, tanto en sus datos como en su sistema de causalidad. Trabajo que procesalmente, a nivel del pensamiento conciente, implica –virtual o efectivo– el pasaje obligado por la duda, particularmente en cuanto al valor y al sentido de las referencias identificatorias, en cuanto la mirada sea orientada tanto sobre el pasado como sobre el futuro, en relación a un presente que necesita, él mismo, soluciones en su urgencia. De allí la obstinación salvaje a aquellas ya encontradas, particularmente en cuanto a las elecciones identitarias y objetales o, a la inversa, su labilidad caleidoscópica, en la sucesión, en la coexistencia clivada, de las dudas y de las certidumbres.

Esta problemática de la duda y de la certeza concierne, hay que recordarlo, al yo consciente. Implica una elección, un riesgo, asumido más o menos totalmente o restrictivamente en cuanto a lo bien fundado de su objeto. Elección que presupone un tiempo, virtual o real, de evaluación de la apuesta cognitiva y afectiva, residiendo todo el problema en saber cual de esas dos dimensiones toma la delantera sobre la otra. Teóricamente distintas, no cesan en los hechos de imbricarse. ¿Qué credibilidad dar a la palabra del otro, a su juicio, a la verdad que se supone trasmite, a su grado de adecuación con la puesta en sentido de la realidad común al grupo? Sin olvidar el peso en ese proceso, de las modalidades de investidura de este otro entre su idealización y su denigración. El exceso en los dos sentidos no es raro en esta edad, subterfugio por la deformación de las relaciones con las imagos, los conflictos identificatorios. Las formas, la intensidad de la angustia se muestran aquí determinantes, suavizarán más o menos una adhesión o un rechazo, parcial o total, de lo que se propuso para ser creído o dejarán en suspenso la persistencia de la duda. Además de esta problemática actual, la del pasado se muestra más o menos determinante, cuyo modelo se encontrará en los tiempos de las primeras dudas, en los tiempos de ese “paso formidable”, como lo dice Freud (1911), franqueado cuando se dio prioridad a la verdad o a la falsedad del enunciado, más que al placer o al desplacer que comportaba. También importa que esas modalidades de las palabras parentales sobre la realidad hayan dejado al sujeto un espacio sin imponerle su sentido, o a la inversa no lo hayan abandonado a la incertidumbre de aserciones oscuras o contradictorias con sus consecuencias, en la adolescencia, sean ya de incapacidad para toda puesta en cuestión de sus creencias, o bien a la inversa, de imposibilidad de toda posibilidad de encontrar respuestas frente al hundimiento que entrevé de todo aquello que sentía hasta ese momento seguro, o finalmente de ineptitud para descubrir nuevos puntos de anclaje, para situarse frente a él mismo y al mundo. De ahí las diversas formas de creencias patológicas a las cuales el adolescente se ve constreñido, cuyo denominador común será la ausencia de toda duda, simultáneamente a la reorganización de la realidad, a su autorrecreación total.

La clínica de estos diversos casos revela, antes de su instalación, el pasaje por un tiempo preliminar de incertidumbre narcisística y objetal, que no puede dejar de evocar los estados de

inquietante extrañeza descriptos por Freud (1919), ya que se telescopan ahí las huellas mnésicas y las vivencias actuales, narcisísticas y objetales, las vivencias surgidas del exterior como del interior, para desembocar en la misma vacilación que concierne a la realidad, la del sujeto como la del mundo, donde el cuerpo en su realidad genital y la realidad misma se ven tomados en el mismo destino, donde la angustia de castración se hace eco del riesgo de aniquilación. Esta situación, este objeto del mundo exterior que viene masivamente a removilizar las huellas del pasado que se fue, de “todo lo que debería haber quedado escondido, secreto pero se manifiesta” ¿no es este el acontecimiento constituido por el surgimiento del cuerpo genital y sus nuevos deseos, tan imperiosos, tan independientes de la voluntad que aparecen como una fuerza venida de afuera, al mismo tiempo que ponen en movimiento afectos, pensamientos antiguos y fundamentales, pero reprimidos o excluidos? La inquietante extrañeza se sitúa ahí, en ese punto, en el límite de la ruptura y de la religadura, siendo a veces virtual, a veces pasajera, en ocasiones finalmente punto de partida de una catástrofe más o menos circumscripita o invasora.

Fenomenológicamente, se traduce por ejemplo por la aparición inopinada de lipotimias psíquicas, de fadings en las investiduras narcisísticas y objetales: de golpe el más familiar de los objetos, como el conjunto del mundo, un fragmento del cuerpo o éste todo entero, pierden su carácter de evidencia inmediata para parecer absolutamente extraños, extranjeros. A veces serán estados de flotación y de indiferenciación, con un soporte representacional más o menos laxo o lábil, experiencias fusionales, vivencias de despersonalización de tonalidad a veces paranoide. Se impone entonces, dentro de una angustia más o menos invasora, la cuestión del ser y de la nada, del sentido a darse a sí mismo y al mundo, más allá de las apariencias de lo que uno y otro ofrecen para sentir y captar. Momento paradigmático que habrá dado pasajeramente acceso, lo más frecuente para volver a cerrarse para siempre, a esas experiencias de desprendimiento del cuerpo y del mundo que desembocan a veces en su reapropiación nueva e irrecusable, a veces en el origen de una creatividad fecunda, a veces por el contrario invasoras, indomables y obligando, para encontrarles significación, a las construcciones más locas o al delirio (Cahn, R., 1991).

III

La duda se opone a la creencia, pero sobre todo la acompaña (Pouillon, J., 1978). Hay sin embargo una creencia fundamental que no soporta ninguna duda. Es ésta la que, en la adolescencia, se ve a la vez redescubierta y amenazada por esta vacilación existencial, narcisística y objetal. Es su ausencia o su desaparición que hace que nada –ni las percepciones, ni los pensamientos, ni los sentimientos– sea reconocido como verdadero o viviente, que la totalidad de lo que del mundo se imprime en la psique o que de esta psique se expresa, pierda toda credibilidad, sea vivido como absolutamente irreal. El sentimiento de vacío aquí no es el de la amenaza de la pérdida, o el de la pérdida efectiva del objeto interno, sino el de la facticidad de todo deseo, de toda representación, de todo acto, de todo proyecto. El adolescente puede entonces decidir atravesar la existencia como espectador de su propia vida. Afuera quedan percepciones, sueños, fantasmas, relaciones, las acciones pueden aparentemente desplegarse sin obstáculos mayores. Pero, no en menor medida, perdieron toda credibilidad. Hacia afuera la presencia de esta ausencia queda enmascarada detrás de ciertas conductas toxicománicas, delictivas, donjuanescas, perturbada la fuga en un hacer operatorio.

Lo que aquí está perdido o faltante, es la evidencia inmediata de sí y de las cosas, anterior a toda realidad percibida como exterior. Evidencia que se verá redescubierta en la adolescencia: certeza impalpable, invisible, silenciosa y sin embargo esencial. Percepciones, experiencias sensoriales o alucinaciones son especies de presentaciones del mundo, que el entorno desmentirá o confirmará a través del apaciguamiento del malestar o la satisfacción de la alucinación en el encontrado-creado, paradigma de una forma plena de sentido donde la cuestión de saber si fue concebida desde el adentro o presentada desde el afuera, no tiene, rigurosamente, ningún sentido. Es ahí que emerge la primera evidencia de la realidad, del mundo y del sí mismo confundidos. Es esta ilusión primaria, esta creencia –más allá de la representación– *condición de toda representación** (Gillibert, J., 1990),

* “Entre el pensamiento de una cosa que existe y la existencia de esta cosa, hay un mundo que no es el de la representación, sino un lazo de existencia que se llama creencia –entiéndase fe”. Gillibert, J. *Locura y creación*. Seyssel, Champ Vallon. 1990.

que “abre al ser humano a la promesa, a la recompensa, a la esperanza y a la desesperanza” (Gillibert, J., 1990). Y no es un azar si se impone el vínculo entre ese primer tiempo y las experiencias decisivas del adolescente, de esta adolescente que era Juana de Arco, cuando en algunas situaciones vividas, la evidencia de su lugar, de su proyecto identificador en el mundo viene, ahí, a surgir, en la confusión de la percepción y de la alucinación, la simultaneidad, la coincidencia de la omnipotencia y del poder omnímodo del objeto, reencontrando/recreando el mismo orden de experiencias que las vivenciadas a los comienzos de la vida, tales como en nuestro epígrafe, las evoca el poeta.

Así, “*en el punto de partida teórico*”, dice Winnicott (1971), el bebé vive en un mundo subjetivo o conceptual” que no culminará más que en el decurso de una larga evolución con la “percepción objetiva”. Esta “*distancia concepción-percepción*”, ese desilusionarse necesario a partir de la ilusión, revela tanto de la actitud del objeto real como del trabajo de la psiquis, como a su manera, lo mostró P. Aulagnier (1978). Incertidumbre y duda, creencia y saber, parte de deseo y parte de la realidad en nuestra representación del mundo, nuestro sistema de valores, se ven recogidos en este concepto enigmático que no se aclara más que cuando se liga esta “percepción” a la aperccepción y se profundiza esta noción de “concepción”, de “mundo conceptual”. “Concebir”, en sus sentidos primitivos, es primero formar en sí mismo alguna cosa, un ser viviente, y simultáneamente formar (una idea) en el propio pensamiento, en el psiquismo y por extensión y transposición al terreno afectivo, “experimentar un sentimiento”. Dimensiones creativa, cognitiva y afectiva se ven entonces en el origen unidas, subsumidas en el verbo latino que le da origen (*concupere*, propiamente “contener enteramente”) y que en nuestro sentido, hace que esta noción de “concepción” implique interpretación, abstracción, subtendida por el afecto, más que representación, no constituyendo ésta, *in fine*, más que el *medio* de hacer sensibles las operaciones aquí arriba evocadas, las que constituyen la *esencia*. Pero por mucho que este acto de “contener enteramente” incluye sin saberlo, la acción de la madre, de la psiquis de la madre, en su encuentro a través del cuerpo, con esta psiquis todavía virgen para hacer advenir las primeras producciones.

IV

El espacio transicional, el área de ilusión será el continuador, donde se reencontrará esta triple dimensión creativa, cognitiva y afectiva, pero aquí compartida por el conjunto –en las sociedades llamadas primitivas– o por un cierto número de otras psiques –en nuestras sociedades, que reconocen que una creencia no puede ser aislada de su especie. Inmensas son las prolongaciones de tal concepto, que por su definición, plantea su especificidad con respecto a la relación de objeto por un lado –que concierne el funcionamiento psíquico singular– y en relación al conocimiento objetivo por otro lado –donde prevalece el polo cognitivo. Engloba uno y otro, en un terreno tercero que los alimenta a su turno, lo que Freud fue el primero en entrever, habiendo hecho del Complejo de Edipo a la vez un drama individual y el destino colectivo de la humanidad, origen a la vez de la neurosis y de la cultura. Lo que Freud sin embargo no había tomado en cuenta suficientemente, es que todo sistema de creencias responde a la necesidad de dar sentido y coherencia a la vez a la problemática conflictual fundamental inherente a la psique humana y al mundo exterior, natural y social. El universo de las cosas, en efecto, no sería más que presencia muda, y la vida una abundancia prodigiosa pero desprovista de toda significación, si la psique individual y la comunidad no atribuyeran el encuentro de sus deseos y de sus fantasías con las cosas y los seres que los circundan, como una intencionalidad antropomórfica, creando un sistema susceptible de dar sentido y realidad viviente al conjunto hombre-mundo, sin otro fundamento finalmente, y esto por el hecho mismo de su origen, que por de una convicción, última elaboración de una sucesión de ilusiones cuyo primer modelo es el del objeto conceptual surgido del encuentro con la madre. La angustia aquí, estará ligada a nuestra *Hilflosigkeit*, a nuestra dependencia primera al poder absoluto de vida y de muerte de la madre como de la naturaleza. Si también ella denota la necesidad de una tal área de ilusión, nutre primero y ante todo su contenido, lo que conducirá a Freud (1929) a conferir un rol determinante, por lo que concierne a los orígenes de la cultura, a la amenaza de retracción de amor –maternal– y al súper yo –paternal. Pero este espacio, recordémoslo, es tridimensional: implica en efecto la dimensión creativa amén de la afectiva y la cognitiva, surgiendo este *descu-*

brimiento en su evidencia a través de su *co-concepción* por sí y por el otro en este encuentro de las primeras tensiones internas, de las primeras sensaciones con las respuestas que se le ofrecen. Y que si nace y se despliega bajo auspicios desfavorables, llegará hasta su aplastamiento, su distorsión, a todas las formas de su psicopatología específica que afectan sus contenidos, pero también y sobre todo su estructura –de la creencia hecha de sometimiento y de inautenticidad, sin verdadera adhesión, en consecuencia, a la ideología y al delirio. Son ellas que acechan a nuestro adolescente, desde que confrontado a un modo de relación con el otro que lo habrá sometido desde el origen y lo más a menudo hasta ese momento, a la violencia de palabras, de afectos intrusivos y no congruentes con la realidad en ese momento vivenciada y percibida, para dejarlo librado, en ese tiempo decisivo, a una errancia sin salida, a la derelicción o al no sentido, o a la inversa a un sometimiento ciego y mudo que hará de él un robot (P. Aulagnier) desubjetivado definitivamente, salvo que explote esa sujeción (la posesión de las sociedades primitivas, la esquizofrenia de la nuestra, la bouffée delirante común a ambas, pero también selectivamente encontrada en la adolescencia).

La patología del espacio transicional, si bien puede revestir bastantes aspectos, es en primer lugar la de la creencia, en la relación *causal* que funda y despliega a ésta última *entre* la conflictualidad personal y la relación con el mundo, aún si se muestra determinante el va y viene introyectivo y proyectivo entre los dos polos. Su génesis, como su estructura, no dejan de obligar a tomar en cuenta –de manera igualmente decisiva– al rol del objeto externo en su realidad así como al rol de la sociedad, en sus valores y en el peso de sus múltiples y complejas determinaciones, particularmente económicas y técnicas. Es lo que en su primerísimo nivel Winnicott ya subraya: “Aquí se impone un enunciado complejo. El pequeño niño puede emplear un objeto transicional cuando el objeto interno está vivo, es real y es suficientemente bueno (no demasiado persecutorio). Pero las cualidades de este objeto interno dependen de la existencia, del carácter viviente y del comportamiento del objeto externo... Si el objeto externo persiste en ser inadecuado, el objeto interno no tiene significación para el pequeño niño, pero entonces, y sólo entonces, el objeto transicional se encuentra, también él, desprovisto de toda significación” (1971). Esta “inadecuación” del

objeto externo puede ser, en nuestra opinión, considerada según una triple dirección: el exceso, la insuficiencia, y la incoherencia, con sus respectivas consecuencias sobre el destino de ésta área.

El área transicional se sitúa así en el centro de las problemáticas narcisística, objetal y sociocultural. Su modelo es el de la iniciación en las sociedades primitivas. En este espacio y en estos tiempos atravesados por la separación —entre el adolescente y su madre, entre el adolescente y su infancia—, le es ofrecida por la sociedad la posibilidad de utilizar el corpus de los rituales y los mitos del grupo, ilusión transicional dado que compartida por todos sus miembros, su familia y él mismo, garante del sí mismo y de la identidad en relación a esos dos registros, a esos dos mundos desde ya separados.

Nuestros adolescentes de hoy tienen sin embargo que inventar su propia religión, sus mitos personales, sus sistemas de valores implícitos o explícitos, la elección que tienen que hacer de su manera de ser, siempre narcisísticamente sobrevalorizada ya que es vivenciada como un emblema clave de su identidad (Cahn, R., 1980).

Cada uno de ellos se ve entonces obligado a (re)encontrarse y a (re)situarse en un mundo cuya coherencia a veces es simplemente algo a confirmar, a veces al contrario a reinterrogar y a reinventar. Se trata allí de todo un trabajo que articula la imagen, la representación de sí, ella misma a ser reelaborada, en sus interrelaciones con los otros y con el mundo. Tres formas extremas lo ilustran, una donde el deseo se reivindica todopoderoso (“bajo los adoquines, la playa”), la otra en que prevalece el ideal (“morir por una causa justa”), la tercera donde se impone un mundo realista, frío, hostil, donde el sujeto se encuentra solo y más o menos desesperado. En el mejor de los casos, se observa la alianza entre la aceptación de la resistencia y de la complejidad del mundo, y el reconocimiento del ser profundo del sujeto, con todas sus contradicciones, en una búsqueda viviente tanto en el plano de su elaboración como de su expresión. La salida de este trabajo es función de múltiples factores: identificaciones, relaciones objetales, problemáticas narcisística y edípica, en la circulación en el seno del espacio representativo alimentado por los dos polos extremos constituidos por el inconsciente y el mundo exterior.

Se mide aquí la importancia del preconsciente y de las capacidades de ligadura del sujeto, en la articulación del inconsciente y del consciente, del interior y del exterior, de las huellas mnésicas y las percepciones. El riesgo mayor al que se ve confrontado el sujeto es el del *borramiento de las fronteras entre los dos sistemas* (Jeammet, P., 1983). Desde este enfoque, el espacio de ilusión puede revestir una importancia mayor ya que es la salida posible de una confrontación demasiado brutal entre ellos, ya que participa del uno como del otro, a la vez emblema del sujeto y decodificador del mundo.

De donde su doble destino posible. En un momento constituirá el sitio privilegiado de la creatividad, del sentimiento de realidad interna y externa y de la interrelación entre el sujeto y el mundo, en el reconocimiento de la semejanza como de la diferencia entre las representaciones y entre las percepciones. En otro momento, por el contrario, quedará fijado en un cebo, confirmando al objeto electivo o a zonas más o menos extendidas de la realidad esta dimensión de idealización, de denegación de toda carencia, de toda desilusión. Aquí un exceso de significación palia justamente su insuficiencia, desde el momento que esas experiencias lo habrían confrontado al caos, a un rechazo o a contradicciones tales que se hizo necesario –salvo romper totalmente con una realidad casi intolerable– forjarse un sistema surgido a la vez de su problemática propia y de lo que el mundo le habría propuesto o impuesto, dando sentido a ese sin sentido. Área de ilusión cuya convicción más o menos total en su verdad no se iguala más que con la distorsión o la denegación de la realidad interna y externa que vehiculiza, pudiendo ser considerado el delirio como el punto más extremo de un tal proceso (Cahn, R., 1990).

Sin embargo, entre la dimensión estructurante, creativa del área intermediaria, coextensiva de la identidad del sujeto y de su relación con el mundo por un lado, y por otro su carácter de último baluarte contra el sin sentido, lo intolerable o el vacío interno y externo, la incompatibilidad no es tan radical. Se pueden ver así en un momento coexistir y alternar los dos registros, en otro substituirse entre sí o quedar abiertos a todas las posibilidades.

En todas estas alternativas, los diversos avatares observados en el nivel del área intermediaria se revelan concomitantes con aquellos de la relación con la realidad, con sí mismo como con el

mundo, y de las posibilidades todavía abiertas o por el contrario más o menos obstaculizadas para devenir sujeto. La economía, la significación y el devenir de este espacio de ilusión confirman que constituye la expresión, no de una estructura fijada o *a priori*, sino de una organización, más o menos pasajera o durable pero siempre virtualmente modificable según las fuerzas presentes. En el sentido de la reversibilidad como en el de su fijación definitiva, o de su distorsión hacia una construcción separada de las fuerzas vivas como de la realidad del mundo, fijando al sujeto, impidiéndole progresar o interponiendo una pantalla entre la realidad y él, en la que toda duda desaparece, signo de su dimensión patológica.

Lo más frecuente sin embargo, es que cada uno de los avatares sucesivos de estas diversas formas de la creencia pierde su fuerza y su poder de convicción –de hecho de ser necesario, para la psique– y como los juguetes de la primera infancia es simplemente desinvertido, para ser reemplazado por otro sistema de decodificación y de investidura del mundo. Por una nueva manera de situarse en relación a él, donde la parte de la ilusión se ve más o menos conservada, reducida, o neutralizada.

Poco a poco, la dimensión arcaica y grandiosa del ideal del Yo se esfuma para evolucionar en el sentido de un predominio del Superyo, ese “poderoso agente de la realidad”, aún si persiste una distancia en relación al ideal, permitiendo el proyecto, la proyección sobre el futuro. Así poco a poco, incluso la familia, también la cultura ambiente, se ven reintegrados, como si en el límite, nada hubiera sucedido. Las concepciones del mundo, las crisis son olvidadas, no solamente como un objeto transicional, sino como un sueño o un delirio.

En el mejor de los casos, la evolución del espacio de ilusión habrá permitido la recreación, en primer persona, de un sistema de valores, de una cierta mirada sobre la relación del sujeto en el mundo. Desde ese momento, las preocupaciones de ese sujeto convergen sobre *su* vida y no sobre *la* vida (Amado, G., 1978). Puede ser inclusive que sea necesario que todas esas concepciones del mundo, todos esos ideales, hayan sido agotados antes que la realidad nos toque verdaderamente y suscite otra cosa que una duplicación de lo que fue en otro tiempo.

Aquí todavía se pueden observar todos los pasos que median entre el compromiso necesario, que sin embargo deja aflorar y

expresarse aquello que, de la crisis, tenía relación con las fuentes vivas del sujeto, sus posibilidades creativas, y, en oposición, los compromisos donde los ideales se debilitan, se apagan y los deseos se reemplazan por lo conveniente, por costumbres.

¿Será a veces peligroso y demasiado triste “devenir adulto”? Más que recurrir entonces a la idealización del adolescente, ¿no se debería reflexionar sobre cual podría ser, en el funcionamiento psíquico, la fuente y la condición de la esperanza? En este sentido la investidura de pares o de adultos, otros que los padres, y las identificaciones selectivas a las cuales esto da lugar favorecen el alejamiento en relación a los objetos edípicos. ¿No constituyen ellas además el soporte de nuevas ilusiones que vehiculizan (Donnet, J., 1984), de esas ilusiones necesarias que a la vez hacen de la nueva generación otra cosa que la pura y simple repetición de la precedente y contribuyen a la puesta en acto, basada sobre una realidad encarnada, del sentido a dar a la vida?

V

Ideal del Yo y Superyo, en relación a la creencia, nos proponen en consecuencia nuevas referencias. El primero, a partir del Yo ideal, entonces polo maternal, abre a la creencia en la posibilidad de una realización del deseo. El segundo, a partir del anhelo parricida y de la angustia de castración, funda otra relación con la creencia, apoyada sobre la renuncia, la ley del Padre-muerto. Ya en una carta a Fliess del 12 de diciembre de 1897, Freud enunciaba lo que para los analistas, pero también para nuestra cultura, devino una evidencia, un lugar común pero que, entonces, constituía un descubrimiento: “La oscura percepción interna, por parte del sujeto, de su propio aparato psíquico, suscita ilusiones que, naturalmente, se encuentran proyectadas hacia el afuera y de manera característica, en el futuro, en un más allá. La inmortalidad, la recompensa, todo el más allá, tales son las concepciones de nuestra psique interna... es una psico-mitología” (Freud, S., 1897).

Esta concepción puramente endopsíquica será sustituida, hacia el final de su vida, por la de un más allá de la problemática edípica individual, un poder de las representaciones del Superyo, los padres ciertamente, y más precisamente su propio Superyo,

pero también una autoridad social sobrepasando los objetos parentales. Los dos registros se entremezclan, entre el interior del sujeto, en los mecanismos de identificación donde se introyectan los imperativos morales como única salida individual para superar el Edipo, y su exterior, en las estructuras sociales –donde la religión juega el rol que ya sabemos– vehiculizando las prohibiciones transindividuales ligadas a ese último.

Pero el complejo de Edipo ¿no es también él un mito, al que ciertamente Freud creía, quizás como lo sugiere Lacan (1966), destinado a diferir el enfrentamiento con el “amo absoluto, la muerte”? Desde entonces, siguiendo a Amado y Widlöcher (Amado, G., 1978; Widlöcher, D., 1993), podríamos decir que Dios (o los dioses, o lo divino) fue hecho a imagen del inconsciente, de la realidad psíquica, expresión de la ilusión de la omnipotencia, siendo la dependencia del inconsciente a lo religioso una creación del yo y de la represión secundaria.

Pero por otro lado si hoy la religiosidad permanece, ha desaparecido la organización completa del campo humano social por parte de lo religioso. Fue sustituido progresivamente por un sujeto causa de sí mismo, el cual, a partir del psicoanálisis, que lo obliga a obedecer a una verdad de sí sustraída al control del yo, no deja, a través mismo de su división, de corresponderse a sí mismo (Gauchet, M., 1985).

En cuanto a las creencias de sustitución –búsqueda del bienestar por la historia, sacrificio a los tiempos mejores, hasta la inmolación de masa–, los resultados son bien conocidos por su aplicación concreta en este medio, y en este fin del siglo XX que sufrió sus paroxismos.

Para completar el estado de las cosas, el rey está desnudo, se afirma. Los personajes ¹ parentales ² desacreditados o desacralizados. Seres ordinarios, hombres sin calidad, pero sobre todo sin valor(es), cada vez con menor capacidad para reconocer o plantear límites: entre los sexos, entre las generaciones, entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso. En cuanto a los mitos modernos, nos dice Barthes (1957), se reducirían a sistemas de signos acreditados como esencias, como constataciones que van

¹ En el sentido de los “roles que uno juega en la vida”, extra e intrapsíquicos.

² O sus sustitutos sociales –escuela, justicia, etc.

por sí mismas, suprimiendo toda dialéctica, toda superación más allá de lo visible.

¿De qué manera entonces el adolescente, hoy, puede forjarse su propia religión, sobre él mismo y el mundo, este espacio de ilusión que da sentido a las formas fundamentales madre- naturaleza-sexualidad-nacimiento-muerte y padre-asesinato-ley- intercambio simbólico-conocimiento-deseo-poder? Los únicos susceptibles de responder a esto –“psis”, sociólogos, educadores, enseñantes, etc.– no pueden ofrecer más que respuestas parciales. Pero sobre todo, parece, no hay respuesta totalizante posible, *a fortiori* en nuestras sociedades en movimiento, sino un intento de proponer algunos puntos de referencia limitados y provisorios. Así, en un extremo, los grupos y las familias donde los valores “edípicos” asociados a la imagen del padre permanecen vivos, a los que los adolescentes pueden atacar o identificarse, según nuestros criterios conocidos. En el otro extremo, un universo anómico, más o menos desestructurado o sin balizas aseguradas, e incapaz de proponer un mínimo de coherencia a las figuras fundamentales de las cuales se alimentan o encuentran forma las creencias, salvo intentar modificar la realidad, aún si los fundamentos de esta última no están puestos en cuestión, a través de la negación y del desafío de las constricciones del Superyo, de la angustia de castración. Será la ósmosis, la plenitud, la fusión orgásmica sí mismo/ mundo vehiculizado por este objeto inerte que es la droga, cuya dimensión hordálica confiere un sentido, por otro lado aparentemente desaparecido, o, mas allá, el sistema de convicciones compartidas por los grupos de delincuentes, con su espacio psíquico común de convivencia con reglas que ofrecen una identidad y un modo de decodificar el mundo donde no se sienten necesariamente sujetos a la realidad del otro, donde el acto delictivo, los objetos concretos, el aspecto exterior hacen de fetiches que vienen a colmar el vacío que es dejado por el espacio de la ilusión. Mas allá, en fin, y quizás lo más a menudo la monotonía del universo, la reducción de las investiduras y de las iniciativas que invaden casi todo el campo, como una especie de negativo de un movimiento, de una búsqueda, de una esperanza abandonada si bien virtualmente siempre presente, el espacio transicional deja su marca-huella por medio de una especie de tiempo suspendido, de vacío en espera de ser llenado. Salvo a dejarse invadir, cuando la desesperanza o la cólera encuentra

algún móvil para despertarse, por una violencia disruptiva, ciega, última posibilidad de expresión que ni las modalidades del funcionamiento psíquico, ni la indigencia de los aportes simbólicos culturales del entorno permitirán traducir de otra manera.

Sin embargo, por fuera de esas categorías bien conocidas, sino cuestionadas, otras poco a poco parecen dibujarse, que podrían proponer un esbozo de formas nuevas, primer índice quizás del reencantamiento de un mundo en apariencia desencantado. No a través de los compromisos que florecen en las ideologías maniqueas dejando libre curso a la omnipotencia del pensamiento, esas salidas regresivas frente a las angustias (bi) milenaristas, sino en el reconocimiento del carácter generador de la actividad humana, en la creencia de la posibilidad, menos de reconducir lo que fue que de crear lo que aún no ha sido y que debe advenir, una especie de futuro abierto, individual y colectivo. ¿El compromiso asociativo, la elaboración colectiva de los problemas en suspenso, la preferencia acordada a la adhesión más que a la imposición, la valorización de la iniciativa constituyen signos y ejemplos, tan frágiles y tan limitados parezcan, que puedan hacer de cada uno un actor del mundo, donde el hombre —pueda ser?— llegará a apropiarse, a introyectar³ a su medida, con sus desconocimiento y sus ilusiones ciertas, un número indeterminable de disposiciones que atribuía a la instancia ordenadora que detentaba el poder, los valores, el futuro, que había proyectado en Dios, aún si, para un cierto número, la dimensión de “inconcebible” de las cosas, la parte también del cumplimiento soñado —o reencontrado— de un amor absoluto. Le quedan reservados.

Otra orientación se precisa, no incompatible, sino todo lo contrario, con la precedente, en que se afirma progresivamente el lugar de la experiencia cultural a medida que abandonó el terreno religioso, a saber el orden del sentimiento estético, de la experiencia de lo sagrado, de esta presencia de la ausencia, de lo que se escapa a nuestra captación y no permanece menos tangible. El arte en el sentido específico donde los modernos lo entendemos, ¿no es acaso, según la formulación de Gauchet, “La continuación

³ Como se habla de introyección de las pulsiones. Es impactante desde este punto de vista ver cómo adolescentes tan gravemente perturbados como puedan estar, son capaces de captar y de retomar por su cuenta tales principios desde el momento en que realmente son aplicados por los adultos en las instituciones donde se encuentran.

de lo sagrado por otros medios”? (Gauchet, M., 1985) Es lo que evoca también Bollas a partir de las primerísimas experiencias del pequeño del hombre en el curso de las cuales éste “tiene una experiencia prolongada de lo extraño... tiene hambre y, en un momento es alimentado... es hamacado, vestido, bañado, abrazado, pero no por un objeto identificable: más bien por alguna cosa como el espíritu del lugar ” (Bollas, C., 1978).

La madre es así vivida como un objeto transformacional, identificada erróneamente con los cambios psicossomáticos que ella facilita, pero de los que el niño nada sabe. Hemos ya evocado el objeto subjetivo como paradigma de una forma plena de sentido. No es un azar si la estética misma se redefine como la comprensión y la experiencia de una forma plena de sentido (Steiner, G., 1991). Así, del mismo modo que para este autor “toda expresión de la forma plena de sentido implica el presupuesto de una presencia”, el objeto transformacional, ese objeto ligado no al deseo sino al hecho que fue encontrado identificado con las metamorfosis del ser, ¿no abre, él también, a una trascendencia? Una trascendencia secular ciertamente (Cahn, R., 1991), que se encuentra en la evolución del Superyo arcaico al Superyo hecho anónimo, pero también del yo ideal al ideal del yo, vectores de nuestros proyectos y de nuestros valores, es decir de lo que *creemos* posible un día, de lo que *creemos* ser lo justo o lo injusto, que se reencuentra también en la noción misma de sublimación, es decir una especie de nuevo poder –en relación a la pulsión escotofílica– *del disfrute del trabajo del descubrimiento del sentido*. ¿No es acaso esta creencia en ese nuevo poder, de naturaleza estética esta vez, lo que constituiría el cumplimiento más acabado, en la adolescencia, de la dialéctica ilusión / desilusión?

BIBLIOGRAFIA

- AMADO, G., *El ser y el psicoanálisis*, Paris, PUF. 1978.
 AULAGNIER, P. *Los destinos del placer*, Paris, PUF, 1978.
 BARTHES, R. *Mitologías*, Paris, Seuil, 1957.
 BOLLAS, C. El espíritu del objeto y la epifanía de lo sagrado, *Nouv. Rev. de Psych.*, 1978, 18, 253-262.

- CAHN, R. *Adolescencia y locura*, Paris, PUF, 1991.
- Acerca de algunas vicisitudes del espacio transicional en la adolescencia, *Rev. Fr. Psych. I.* 1980 44, 3/4, 531-542.
 - Necesidad e impasses de la ilusión o el destino de las “concepciones del mundo”, en la adolescencia y su decurso, en 5°. Alléon A. M., Morvan O., Lebovici S. (bajo la dirección de), *¿Devenir “adulto”?*, Paris, PUF, 1990
 - Del sujeto. Presentación de la relación, *Rev. Fr. de Psych.*, 1991, 55, 6, 1353-1369.
- DONNET, J. L. Un movimiento psicótico en la adolescencia: La “tentación delirante”, *Psiquiatría francesa*, 1984, 3, 27-37.
- FREUD, S. (1897) Carta a Wilhem Fliess, 12/12/1897 en *El nacimiento del psicoanálisis* (1887-1902) tr. fr. Paris, PUF, 19.
- (1911) Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico, DR.FR., en *Resultats, idées, problèmes*, I, Paris, PUF, 1984, p. 135-143.
 - (1919) *La inquietante extrañeza*. tr. fr. Paris. Gallimard. 1985.
 - (1927) El porvenir de una ilusión, tr. Fr., Paris. PUF. 1971.
 - (1929) El malestar en la cultura, tr. fr., Paris. Puf. 19
- GAUCHET, M. *El desencantamiento del mundo*, Paris, Gallimard, 1985.
- GILLIBERT, J. *Locura y creación*, Seyssel. Champ Vallon, 1990
- JEAMMET, P. “No puedo decir, vería sino la imagen”. *Les Cahiers du Centre de Psychanalyse et de Psychothérapie*. 1983, 7, 65-85.
- LACAN, J. *Escritos*, Paris, Seuil, 1966.
- POUILLON, J. Usted cree? *Nouv. Rev. de Psych.*, 1978, 18, 35-42.
- STEINER, G. *Reales presencias*, tr, fr, Paris, Gallimard, 1991
- WIDLÖCHER, D. Creer en el inconsciente, *Nou. Rev. de Psych.*, 1993, 48, 97-113.
- Winnicott, D. W. (1971) *Juego y realidad*. tr. fr. Paris, Gallimard, 1975.

Traducido por Mónica Serebriany.

Raymond Cahn
6 rue de l'Abbaye
75006 Paris
France